



SILVIANO GOMEZ

SILVIANO GÓMEZ.

LA ciudad de Huichapan, ese augusto suelo que guarda la memoria de tantos mártires sacrificados en aras de los principios más sólidos y regeneradores para la República, esa tierra bendita donde impera la democracia absoluta y el liberalismo concentrado, fué la población donde se meció la cuna de nuestro distinguido biografiado. Allí surgió á la vida, como un astro de primera magnitud en el espacio infinito, el hombre á quien ya en las últimas páginas de nuestra humilde publicación vamos á pretender detallar, para presentarle á la historia contemporánea como una de las figuras prominentes que han de servir de ejemplo y norma á las generaciones futuras, para que la patria tenga nuevos defensores, la sociedad mexicana miembros útiles y honrados, y la humanidad entera hermanos leales y desinteresados.

El funcionario que hoy bosquejamos viene á ser uno de los que están cerrando con broche de oro nuestra publicación, en el hasta aquí de nuestras tareas pobres, pero laboriosas, sin mérito, pero satisfactorias, y justo es que dediquemos toda nuestra atención, pongamos en práctica nuestros cortos elementos

y dejemos que la pluma corra tanto cuanto quiera, hasta dejar cumplida nuestra misión.

Vamos llegando á la cima de esa prominencia que hace tanto tiempo hemos comenzado á ascender, y desde entónces ¡cuántos contratiempos, cuántos obstáculos y cuántas contrariedades no hemos tenido que vencer á cada biografía que teníamos que desarrollar! cada individuo que se nos presentaba como una entidad gubernativa, á quien teníamos que juzgar con la imparcialidad de escritores honrados, eran otros tantos escollos, otras tantas malezas que nos obstruían el paso en aquella difícil subida; y ¿sabéis por qué? porque en los datos de la vida íntima y pública de aquel funcionario hallábamos rasgos sublimes, hechos grandiosísimos que nuestra pluma insuficiente no se atrevía á delinear; porque entre los hijos del antiguo Anáhuac, de la patria de Juárez y de Porfirio Díaz, hay hazañas espartánicas, triunfos sublimes alcanzados ya en los campos de batalla, ya en el bufete del político, ora en las ciencias y en las artes, y muy á menudo en la industria, en el comercio y en todos los ramos que constituyen la riqueza del país, los elementos de desarrollo y el bienestar comun. Pero por fin hemos llegado al término de nuestra empresa, la historia recogerá, tarde ó temprano, nuestros datos, y estamos satisfechos. Los nombres que figuran en nuestra galería serán inscritos en el gran libro de la patria, y con eso nos basta; no otra cosa hemos pretendido, ese era el límite de nuestras ambiciones.

El día 10 de Febrero de 1843 lució una aurora feliz

para el tierno hogar que formaban el Sr. D. Miguel Gómez y la espiritual y virtuosa Sra. D.^{ca} Mariana Gonzalez. Parecia que el ángel del amor, ese que pliega sus ruborosas alas cuando dos séres se unen y se enlazan espiritualmente, habia abandonado aquel nido de felicidad, y remontando su vuelo hasta las regiones del idealismo, llegaba á prosternarse ante el trono del Señor, demandando un premio á tanto amor, á tanto sentimentalismo.

El Sér Omnipotente acogió gustoso aquella petición que le hacia el guardian de tanta felicidad é imprimió su hálito supremo en el corazón del niño Silviano para que fuera el alimento de aquel cariño y de aquella abnegación con que dos séres se habian unido para cruzar el árido sendero de la vida.

En efecto, apénas la primera sonrisa jugueteaba en aquellos labios infantiles, y en aquellos ojitos celestiales irradiaba la mirada tierna y apacible de los ángeles, cuando aquel matrimonio, santificado por las bendiciones del Cielo, sentia renacer las ilusiones de pasados dias; el ayer huía llevándose sus atormentadores recuerdos, el presente se dilatava en amplios y vastísimos horizontes de prosperidad, y el porvenir sonreía envuelto en las más caras y halagadoras esperanzas. ¡Cuántas satisfacciones íntimas para la madre, que se pasaba horas enteras al lado de la cuna! ¡cuántos goces inefables para el padre cariñoso, que veía un vástago heredero de su nombre limpio, de su honradez acrisolada!

.....
Pasó la época feliz é inestimable de la infancia, y

aquel niño, después de haber dado muchas pruebas de una inteligencia privilegiada y de un talento nada común, terminó su instrucción primaria, siendo el blanco de todas las consideraciones de sus maestros y el objeto de todas las distinciones y cariño por parte de sus condiscípulos.

Entonces sus padres pensaron en darle porvenir; aquel niño que el Cielo les confiara debía ser más tarde un ciudadano, y al precioso legado que le habían hecho de amor y de creencia debían añadir un arte ó una profesión donde hallara el medio de vivir honradamente, para que fuera útil á sí y á sus semejantes. Se le dedicó al oficio de platero, desechando añejas preocupaciones de los que han creído que un oficio degrada, cuando es todo lo contrario, porque el trabajo ennoblece, y muy pronto el jóven Silviano se proporcionaba con el sudor de su frente los medios de vivir tranquilamente.

Fueron tantos y tan notables los progresos que nuestro biografiado hizo en el oficio, que sus trabajos merecieron ser comparados con las más perfectas manufacturas llegadas de Milán, y en la exposición de Filadelfia fué premiado con una medalla de plata un pequeño cofrecito de filigrana que presentó el Sr. Gómez por conducto del Gobierno de Querétaro.

Este triunfo artístico, así como muchos que había conquistado en la escuela, en el taller y entre todos cuantos le trataban, solo sirvieron para despertar en aquel corazón noble y levantado nuevas ambiciones por todo lo sublime y todo lo bello.

La gloriosa carrera de las armas, esa secuela de vi-

cisitudes y de sufrimientos, á la vez que de íntimas satisfacciones, fué el vasto campo elegido por el jóven artesano, para dar una expansión á su espíritu batallador, sediento de honores y de gloria, más que de riqueza y goces pasajeros.

Apénas los albores de la juventud brillaban en su frente, no bien pasaban aquellos días tranquilos y poéticos de la primavera de la vida, y aún no llegaban para aquella alma sublime los hielos invernales de los años, cuando ya las filas del Ejército mexicano le tenían como simple soldado, á las órdenes del Sr. Coronel D. Manuel Fernando Soto.

Solo catorce años contaba nuestro insigne biografiado y ya la patria le tenía á su servicio. Con el vigor de tan pocos años y el fuego sacro del liberalismo que ardía en las venas de aquel jóven, se le vió tomar parte muy activa en la acción de armas que en 1857 se libró en Actopan contra las fuerzas reaccionarias que mandaba el Coronel Maximino Paslín. Atacada dicha plaza por las fuerzas mencionadas, nuestro biografiado fué hecho prisionero en unión de su jefe el Coronel Soto, primera epopeya alcanzada por el jóven soldado, cuyo mejor orgullo hubiera sido morir por la patria y por los principios salvadores de ella.

Debido á su poca edad, fué puesto en libertad completa, y aquel contratiempo que á cualquier otro individuo hubiera hecho abandonar la carrera militar, solo sirvió para fomentar más y más en el corazón del jóven Gómez el amor patrio y las tendencias á la regeneración del país en que había nacido.

Militó á las órdenes de los Sres. Noriega, Cuéllar, Carbajal, José de la Luz Moreno y Nicolás Ramiro, siempre distinguiéndose por su valor, prudencia y pericia militar, á la vez que acumulando nuevos méritos que tanto le honran en su carrera militar.

Imposible nos sería seguir paso á paso la vida que en aquella época, tan angustiosa para México, siguió el Sr. Gómez, y más difícil aún detallarla en cada combate, en cada encuentro y en cada escaramuza que los enemigos de las libertades patrias libraban contra los leales servidores de una causa justa: LA CAUSA DE LA REPÚBLICA. Bástenos decir que no hubo uno solo de aquellos hechos de armas en que nuestro biografiado no se hallara del lado del deber y del patriotismo, distinguiéndose notablemente en la famosa batalla de Calderón, en que fué derrotado el ejército reaccionario.

La histórica población de Huichapan, que, como al principio lo decíamos, ha sido teatro de tantos y tan grandiosos episodios para México, también fué testigo de las proezas alcanzadas por el Sr. D. Silvano Gómez; allí con un puñado de valientes resistió el rudo ataque que el día 7 de Julio de 1861 dió á aquella plaza el General reaccionario D. Tomás Mejía con una fuerza de dos mil hombres; fué allí donde rechazó heroicamente á una fracción del Ejército francés, en Noviembre de 1866, con fuerzas muy inferiores en número, y donde mereció el bien de la patria por sus hechos leales y grandiosos.

Durante la época del llamado Imperio, cuando la patria gemía más por la traición de sus hijos ingra-

tos que por el brillo de las bayonetas extranjeras, pues que vivían un Juárez y un Lerdo de Tejada para librarla de tan infame yugo, acompañó al Sr. Coronel Nicolás Ramiro en la difícil cuanto penosa campaña del Estado de Michoacán, y tuvo la alta honra de haber sido hecho prisionero en unión del inmortal Caudillo de la patria.

Remitido á México el Sr. Gómez y condenado á la última pena por la Corte Marcial, en unión de varios compatriotas que no habían cesado de hacer la guerra al invasor, se le vió, como nunca, severo y tranquilo, esperando el momento sublime en que exhalara el último suspiro por su patria y por sus conciudadanos leales y patriotas. Sabía que la sangre inocente, vilmente derramada por los opresores de México, caería más tarde sobre la descendencia de los traidores, y que la augusta memoria de los mártires de la patria sería la eterna afrenta para las naciones que habían tomado parte en la Intervención injusta y á la vez infame.

Conmutada la pena por la de destierro á la Martínica, el Sr. Gómez logró burlar la vigilancia de sus conductores en las Cumbres de Aculzingo, en unión del Sr. D. Ricardo Rubio.

Nuestro biografiado se dirigió al Estado de Hidalgo, allí se puso á las órdenes del Sr. General Joaquín Martínez y siguió con nuevo ahinco haciendo la guerra al Imperio, hasta que el drama trágico de la Intervención tuviese su egregio epílogo en el inmortal Cerro de las Campanas.

La patria debió mucho al Sr. Gómez, como uno de

sus más decididos defensores; el valor, lealtad y heroísmo dieron ascensos á nuestro biografiado, y justo era que sus compatriotas se fijasen en él para confiarle cargos importantes como las Jefaturas políticas de Metztlán, Zimapán, Texcoco, Chalco, Xochimilco, Tula, Apam, Tulancingo y Huichapan en la actualidad. En todos estos puestos públicos ha dado repetidas pruebas de su probidad y buena fé, así como de su talento administrativo que tan satisfactorios resultados ha dado. Entre sus gobernados vive y vivirá siempre el recuerdo más grato de tan buen gobernante, y Huichapan será uno de los últimos pedruzcos que conduzcan al Sr. Gómez al pináculo de la inmortalidad.

Un año há que el Sr. Gómez solicitó del Gobierno respectivo pasar de Tulancingo á Huichapan, y ya se han llevado á feliz término mejoras de suma importancia para el Distrito; entre ellas podemos citar la elevación del muro que circunda la presa pública, obra que la más imperiosa necesidad habia venido indicando y cuya difícil realización se debe al eficaz empeño del Sr. Gómez. Con dicha mejora ha ganado la población, y este será un nuevo testimonio de la buena administración de nuestro biografiado.

Ciudadanos tan dignos como el Sr. D. Silviano Gómez, aquellos que han salvado á su patria y servido activa y firmemente á sus compatriotas, son acreedores á la admiración universal y que su memoria sea tan inmortal como sus hechos.

La historia tendrá una página más para un valiente y honrado mexicano.

SEVERIANO GÓMEZ.

SIEMPRE la historia premia á los hombres que por sus méritos se han hecho acreedores al aprecio de los que los rodean, conservando imperecedera su memoria en sus brillantes páginas.

Por eso las hazañas de tantos héroes se nos han venido trasmitiendo de generación en generación, como nosotros las trasmitiremos á nuestros hijos, y éstos sucesivamente á los que vengan despues de ellos.

Por eso conservamos frescos en nuestra memoria, como si hubiesen pasado ayer, pasajes y episodios que han sucedido ya há muchos años y tal vez muchos siglos.

Y respetamos por igual causa, tanto la memoria de César, como la de Robespierre, como la de Pelayo, la de Bolívar, Washington é Hidalgo, guerreros implacables unos, libertadores sublimes otros, ante cuyas plantas cayeron hechos pedazos los sólios de los emperadores y los tronos de los reyes.

A todos los cobija la historia bajo su manto y ante todos inclinamos respetuosos la frente, sin distinción de razas, porque los genios no tienen patria.